

TIERRA SANTA

Paul Andrews, S.J.

Editor 'AMDG Express'

Terapeuta, Guía Ejercicios Espirituales

¡Nuestra vida es un paso a paso hacia la total entrega a Dios! J.D. Salinger

Se hace difícil argumentar con la formación permanente. Parece significar intentar estar al día, adaptarse y moverse con los tiempos. La expresión llegó a formar parte de la terminología jesuita hace unos treinta años, y muchos jesuitas incluyendo a quien escribe, han tenido que ser delegados, organizadores o responsables de la formación continua de sus hermanos. Muchas veces resulta irreal, porque se supone que lo que las autoridades – el provincial y su equipo – piensan, tendría de hecho un efecto en el desarrollo personal de los jesuitas.

Me atrevería a sugerir como puntos focales de la formación permanente, esos pasos de la Tierra Santa, esas visiones de la zarza ardiente, como lo hace Salinger. Ilustro esto con algunos recuerdos personales: de un bello encuentro el día de mi ordenación sacerdotal; de enamorarme y descubrir que podía ser atractivo a las mujeres; de un sentimiento particularmente vivo de Dios en la naturaleza; de llegar a una mayor aceptación de mi derrota después de haber sido echado de un trabajo de posición pública y de a poco trabajar mi rabia y llegar a realizar que era una decisión sabia. Estos hechos no fueron planificados. Simplemente sucedieron. Todo esto me causó un intenso sentir, a la vez dolor y alegría. Ellos cambiaron

el sentido de mi mismo, y así, más que cualquier curso, me ayudaron a construirme.

Primera bendición

La formación permanente implica que alguien trabaja para cambiar nuestra personalidad. Pero esto no sucede así no más, salvo que ese alguien es Dios. La mayor parte de las cosas que nos forman son accidentes, o episodios no planificados. Lo que sucedió el día de mi ordenación sacerdotal me mostró muy claramente la distancia entre los procedimientos planificados de la iglesia institucional y los benditos hechos que realmente nos cambian.

la mayor parte de las cosas que nos forman son accidentes, o episodios no planificados

Mi sacerdocio comenzó el 31 de julio de 1958. Era una mañana calurosa aquel día de la fiesta de S. Ignacio. Después de una preparación intensa de más de 14 años de estudios, amanecía y el sol naciente hacía ya cantar a los ruiseñores. En aquel entonces Arzobispo de Dublín, John Charles Mc.Quaid llegó puntual y tranquilamente a nuestra casa de Miltown Park, creando a su alrededor un clima de respeto ansioso. La ceremonia de la ordenación comenzó, las oraciones en latín. Nosotros los ordenandos ya habíamos participado en tres liturgias semejantes en cuatro días; en rápida sucesión habíamos sido ordenados sub-diaconos, luego diaconos, y hoy seríamos sacerdotes. Nos sentíamos aturdidos revistiéndonos las vestiduras sacerdotales, aprendiendo a rezar el Oficio y saber de las nuevas obligaciones y rituales.

Que descanso poder escapar de todo esto esa tarde y encontrarme solo caminando hacia el 'Forty Foot' 'a darme un chapuzón' en las aguas tibias de la rocosa bahía de Dublín, en un rincón reservado solamente para hombres. Deje mi sotana negra sobre la roca, y me perdí en el refrescante y limpio mar, contento de haber dejado atrás las piedades calurosas de familia y amigos, y sentir mi cuerpo revivir. El mejor momento fue salir del agua y secarme el sol de julio, sintiendo el correr de mi sangre en mis frías venas.

Al ir a recoger mis enseres me encontré con un grupo de hombres, algunos conocidos míos. Mientras estaba de pie con la toalla en mano, uno de entre ellos con tranquilidad me dijo: ¿Ud. ha sido ordenado sacerdote esta

misma mañana verdad? Así es. “¡Me vería muy contento si me diese su bendición!” Se arrodilló en la roca delante de mí, puse mis manos sobre su cabeza y con mis ojos cerrados oré por él. Cuando abrí los ojos, vi algo que hasta hoy me llena de estupor. Me encontré a un grupo de hombres esperando mi bendición. Algunos los conocí, como el tambor de un grupo de Rock, Dun Laoire vendedor de comestibles, un abogado de Cork. El resto eran desconocidos. Se arrodillaron, uno tras otro y yo puse mis manos novicias sobre sus cabezas. No había ninguna máquina fotográfica para recoger la escena: un hombre de pie y una media docena arrodillados sobre las rocas en el sol caliente, todos desnudos como peces. Conservo fotografías de los ensayos y de los solemnes rituales de la mañana pero recuerdo la imagen en la orilla de la Bahía de Dublín, es más preciosa. Lo que me queda de la ordenación no es tanto John Charles, el murmullo del latín, los rituales ensayados cien veces – todo esto era pasajero. Lo que me queda es la fe de esos hombres desnudos, y el hecho que todavía sigo viviendo con ese cuerpo. Era la fe de esa iglesia alternativa de los años 1950, un grupo sin poder o pompa o vestido; seis hombres con una inocencia emocionante, pidiendo la bendición de un neo sacerdote, como para saborear una miga de pan crujiente recién salido del horno o el primer vaso de vino de una botella de vino nuevo. Más que todo el ceremonial en latín de la mañana, ellos me han dado el sentido del tesoro que me ha sido confiado.

Susan

Desde ese día de ordenación, el rol social y el status del sacerdote han cambiado radicalmente en Irlanda. Cuando dejas de ser una casta aparte, tus eres mas libre de ser todo simplemente un hombre. Las relaciones vienen a ser más calidas. Lo que era tomado como natural en una existencia célibe, ya no se sentía así por parte de muchos sacerdotes.

Hay una diferencia entre el clero diocesano que a menudo vive una existencia aislada, y los religiosos para quienes el vivir en comunidad es un gran apoyo emocional.

Yo mismo lo experimenté cuando lejos de mi comunidad hacía mis estudios de doctorado en una universidad en Inglaterra. Allí me enamoré de una joven inglesa, anglicana fervorosa, que no vivía las exigencias emocionales de una joven irlandesa al tratar con un clérigo célibe. Mis amigas de universidad, allí por los años 1940 solían decirme: ¡Nunca mires más que a la cabeza! Y allí comenzó una lucha entre mi corazón que cantaba felicidad y se expresaba en

poesías a Susan y mi cabeza, que tenía claro que aparte de mis votos, no era compatible. Sentía un gran afecto hacia Susana, afecto que nunca llegó a un “affaire”. Nunca llegamos más que a unos poemas tal vez pasionales, es verdad, y algún beso de esos que se los lleva el viento. Yo mismo decidí romper permaneciendo buenos amigos y un recuerdo tierno y alegre. Eso era hace mucho tiempo y Susan viviendo en una isla alejada no estamos más en contacto. La última vez que supe de ella estaba con su tercer marido. Por gracia o por sabiduría, o por ambos, yo seguí viviendo a otro ritmo. Durante la euforia de los años 1960 mi cabeza me guiaba mejor que mi corazón!

En cuanto a la formación permanente mi corazón se despertó y me abrió a posibilidades que la formación recibida en el noviciado y después no había explorado. Sabía que las jóvenes me atraían. Pero nunca pensé que yo podría ser una persona atrayente para ellas. En la locura de esos días de verano y del dolor que seguía, mi voto de castidad tomó forma real por primera vez.

Teofanías

Ignacio de Loyola al final de su carrera descubrió en su peregrinación algunos momentos claves para su formación: las torturas de su alma - casi psicóticas - que sufrió en Manresa y su visión de Dios en todas las cosas a orillas del río Cardoner; luego la experiencia del llamado en la capilla de la Storta. Estos no eran cursos de formación permanente organizados por ejecutivos sino toques de lo divino, lo que podemos llamar teofanías. De alguna forma más modesta, yo también puedo señalar en mi peregrinaje algo paralelo.

Me viene a la memoria la pregunta de un jesuita a su superior: ¿Cuándo hago mi oración podría pescar al mismo tiempo? Luego cambio su petición en si podía orar mientras pescaba. De hecho las dos cosas van juntas, en parte debido a la belleza de los alrededores en los lugares de pesca en Irlanda. La trucha podría ser pequeña pero los ríos y las lagunas son magia. Recuerdo que un día estaba pescando en el río Liffey en Ballymore Eustace, hice una pausa para comer un bocadillo en la orilla. De repente observé movimiento y a pocos pasos de donde yo estaba, ví a un hermoso cachorro de zorro observando como yo el río. Los teólogos

*toques de lo divino, lo
que podemos llamar
teofanías*

llamarían a esto una teofanía, una visión de Dios. San Benito animaba a sus monjes a “vacare Deo” a distraerse en Dios. Pescar hace eso.

Un verano me encontraba solo pescando en el lago Lough Carra. El día era demasiado bello y luminoso para la pesca. Hacia medio día el viento cesó y el sol brillaba desde un cielo claro. Todo era como dice el poeta ‘tan holgazán como un barco pintado sobre un océano pintado’. Era mejor perder la esperanza de pescar truchas y simplemente gozar del lago amoroso. Después de un tiempo en el calor de medio día, recogí los remos de mi barca, los puse en el fondo del bote y allí me puse a dormir.

Noté entonces un revoloteo suave que me despertó. El sol todavía estaba caluroso, el lago todavía sin viento. Mirando hacia mis piernas, vi una grande y bella libélula roja que se posaba sobre mis pantalones justo encima de la rodilla. Parecía somnolienta por el sol. Lenta y suavemente avancé con mi dedo tras de ella y la toqué, acariciando su largo cuerpo rojizo. En vez de volar ella se estrechaba, pareciendo teniendo placer en ello. Yo nunca antes había tenido relaciones tan cercanas con un insecto, pero ciertamente que ella y yo estábamos en comunicación. Después de un par de minutos, ella movía sus diáfanas alas y se voló, para luego darse vuelta alrededor mío y posarse de nuevo exactamente sobre el mismo sitio del pantalón. De nuevo yo le hacía cariño y de nuevo ella respondió estrechando su cuerpo. Por segunda vez ella se alejó en vuelo, vino rondando para aterrizar sobre el mismo lugar de mi pantalón. Esta escena se repetía varias veces. El día pareció sin fin. Yo no tenía apuro y ella tampoco. Cuando ella vino de vuelta por la trigésima vez deje de contar - hasta que nuestra conversación se termino abruptamente.

Había otros botes en el lago y uno de los pescadores estaba preocupado viendo el espectáculo de un bote alejado de la playa sin nadie visible encima – estando yo tendido en el suelo no se me veía. En un bote motorizado el se acercaba a mi y escuchándolo levanté la cabeza arriba del bote. Oh, decía, estaba preocupado. ¿No tienes a nadie contigo? Tengo, le decía, pero ella dejó el bote por un rato. El hombre sonrió y moviendo su cabeza se alejó.

En este pequeño planeta, tan manipulado que se puede en Navidad disfrutar de fresas y pavo en junio, donde las estaciones han perdido gran parte de su sentido, la pesca sigue anclada en los ciclos de la naturaleza. En octubre cuando las truchas se preparan para procrear, tú retiras la caña de pescar, limpias tu saco, y preparas la camada para el invierno. Tu aceptas la disciplina y las frustraciones de la estación que termina y esperas impacientemente marzo y la prospectiva de otras teofanías.

Desengaños

En el Evangelio de San Lucas, el hijo pródigo toca fondo y dice 'He pecado contra el cielo y he engañado a mi mismo padre'. En este mundo hay billones de personas que se sienten engañadas en esta vida. Confrontar las decepciones de expectativas puede ser formativo o destructivo. En un cierto momento, como la experiencia de los discípulos del Bautista, cuando desde la cárcel donde estaba, los envió a Jesús, se preguntaban. ¿Es esto todo? ¿Es esto tan bueno como parece? Miran a un matrimonio que se rompió, sintiéndose decepcionados de sus expectativas; o a su carrera en que toparon techo y no lograron la promoción que ansiaban; o a su vocación religiosa donde no siempre había estado a la altura de sus ideales. O sienten que de alguna manera faltaron a sus hijos.

*confrontar las
decepciones de
expectativas puede
ser formativo o
destructivo*

Es la hora de la verdad. ¿No será esto lo que Cristo quiere decirnos, que tenemos que llevar nuestra cruz? No era un llamado para realizar penitencias especiales. La cruz más grande es nosotros mismos, y ella no llega a ser más liviana con los años. Como decía Rita Hayworth: *la vejez no es el lugar para las personas débiles*. En esa extraordinaria parábola, el hijo pródigo intenta pedir una excusa a su padre, pero no llega a ninguna parte. El padre no escuchará a su hijo culpándose. El lo abraza, lo viste con el mejor vestido, y prepara una celebración.

Miremos a personas ya maduras y a personas mayores. ¿Quiénes de ellos acepta que ha sido decepcionado por la vida? ¿Existe alguien que no lleva algún dolor o herida en su corazón? Solo después de la muerte de la sonriente y heroica Madre Teresa, se supo que ella había vivido una vida de desolación espiritual y tormento. En una poesía emocionante mi querido amigo Páidín habla de si mismo: Inconsolable *que yo soy yo*. El poeta jesuita Gerard Manley Hopkins, en uno de los sonetos sobre la desolación decía:

*'Me siento furioso, atormentado.
El decreto mas profundo de Dios
Amargo me hizo degustar; el degustar era mi mismo'*

TIERRA SANTA

Tal vez pueda sonar un tanto hipócrita o buscar atención, al hablar de mis propios desengaños en la vida, ya que he disfrutado de una larga y muy feliz vida como jesuita. He amado a muchos amigos, he escrito un libro considerado “Best seller”; he dirigido colegios y era responsable de comunidades, he visitado muchos lugares bonitos en el planeta; he podido expresarme en muchísimos cursos y artículos y he llegado a estar cerca de unas diez mil personas a través de la dirección espiritual, la terapia o la supervisión. Y sin embargo hay heridas en el ego que todavía me irritan.

Retrospectivamente los desastres en la vida toman una tonalidad distinta. Cuando me apartaron de la dirección de un colegio el resentimiento me acompañó por meses. Antes que nada me llevó mucho tiempo darme cuenta que yo no era apto para ese trabajo. Mirando atrás me siento agradecido que fui salvado de ello y eso fue a través de una decisión de mi superior religioso y mi voto de obediencia. Como el episodio de Susan hizo concreta para mí la castidad, así esta destitución de un puesto público ha hecho para mí concreta la obediencia. Es solo por medio de las pérdidas que podemos identificar con los sufrimientos de Cristo y llegar a un paso más cercano a ese vaciamiento de si mismo, que Ignacio puso en el corazón de los Ejercicios Espirituales. Esto es el elemento más central de la formación permanente. La misma desilusión puede ser un lugar de Tierra Santa.